

# EVANGELIZACIÓN: PECADO Y CONVERSIÓN\*

*R. P. Dr. Cornelio Fabro*

El mensaje de la salvación, y por tanto de la esperanza y de la alegría, es traído a los hombres de la tierra por los Ángeles: un Ángel se aparece a Zacarías para anunciar la concepción de Juan, el Ángel anuncia a la Bienaventurada Virgen Maria que será madre del Hijo del Altísimo y salvador del mundo, el Ángel ilumina y consuela a José... y conforta a Jesús en la agonía del Huerto.

Los Ángeles vienen del cielo, mensajeros de la divina verdad y misericordia, para volver a encender en el hombre la luz y la esperanza de huir a los espirales de la desesperación que sube desde el pantano del mundo: de las alucinaciones de sus vanas filosofías, de las ilusiones de las ciencias humanas, físicas o antropológicas cualesquiera que fuesen, de los tormentos manifiestos y solapados de las pasiones, de los obstáculos y vilezas – y parece a veces que paradójicamente son propiamente estas el obstáculo principal a la eficacia de la divina gracia en las almas – que retiene en el mismo lugar e impide arrojarse a cuantos han prometido seguir a Cristo y militar bajo el estandarte de la Cruz. Y he aquí que los ángeles, mensajeros del mundo por venir y de una Vida eterna sin muerte ni dolor, han abierto al hombre la ventana desde la cual irrumpe al alma el rayo que vence toda tiniebla. Y el primer paso de la fe es la conciencia, es decir, la aceptación de esta verdad que trasciende todo sentido y razón y que al mismo tiempo da sentido, a la luz de la fe, a cada cosa e ilumina a cada razón. El ángel por lo tanto no es un ser extraño a nosotros; el ángel bueno es el confidente de Dios que se torna el amigo del hombre, el garante de la misericordia divina, una luz cristiana y una certeza de que Dios no ha abandonado al hombre. La historia universal en grande – ayer como hoy – y la historia en particular de cada uno en pequeño- también

---

\*El texto original ha sido publicado en el libro “Momenti dello Spirito”, Assisi 1983, 246-250.

## DIÁLOGO

ella ayer como hoy- no son más que pruebas lacerantes de que el hombre no puede salvar al hombre.

Nosotros los cristianos, para fortuna nuestra, tenemos el Evangelio y las vidas de los santos, las palabras de Cristo y el ejemplo de amor y de sangra de tantos verdaderos y verdaderas servidores suyos, para iluminarnos. Pero esta luz parece ser hoy ofuscada por tantas aspiraciones e instancias mundanas que están en las antípodas de la penitencia que Cristo pide a sus discípulos *Si no hacéis penitencia todos igualmente pareceréis* (Lc 13,3). El proyecto “hombre” a partir de que ha sido dejado en las manos de los hombres no logró tener sentido alguno: se deshace en los infinitos aturdimientos de las pasiones públicas y privadas, se disuelve en el humo de las vanidades y en la desesperación de las generaciones arrastradas en los torbellinos de las ideologías y de las contiendas por la hegemonía de la verdad y de la libertad.

Esta atracción por el error y por la falsedad, por las opiniones extravagantes y las satisfacciones ilícitas, es el pecado; ella constituye al mismo tiempo la raíz y el fruto del *pecado*. Lo ha anunciado el Ángel, y el Evangelio no tiene sentido, se resuelve en una fábula, sin el trasfondo oscuro del pecado: como ha hecho el pensamiento moderno que ha reducido el pecado a la simple privación o negación que es propia de la conciencia finita (Kant), substrayéndolo a la lucha entre la verdad y libertad que Dios ha propuesto como prueba al hombre. El Ángel en cambio anuncia a Zacarías que Juan *será colmado por el Espíritu Santo y convertirá a muchos de Israel al Señor su Dios... para preparar a Dios un pueblo bien dispuesto* (Lc 1, 15-17). Es decir, el Reino de Dios comienza con la “conversión del corazón”, que es un cambio radical de horizonte que implica muerte y mortificación: pero es en este horizonte, querido por la misericordia divina, que se consumará el juicio último de la historia y se aplacará el fragor de las pasiones y el llanto de las generaciones. El juez será el mismo Salvador del cual el Ángel asegura a María que *será llamado Hijo de Dios* (Lc 1,36).

No al azar entonces, las primeras palabras de Cristo al iniciar su ministerio, conservadas por Marcos, anuncian la salvación como “proyecto penitencial” de toda la persona, en el cuerpo y en el espíritu: *El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cercano, haced penitencia y creed en el*

## EVANGELIZACIÓN: PECADO Y CONVERSIÓN

*Evangelio* (Mc 1,15). Por tanto, la penitencia es consustancial con el proyecto divino de la salvación o también, para expresarnos con un compromiso más directo y existencial, la penitencia es la contemporaneidad con la verdad que salva y que los santos han llamado y practicado como la imitación de Cristo. He aquí la “buena Noticia” que en este pasaje el evangelista llama el Evangelio del Reino de Dios: es un *agere contra*, como dirá San Ignacio de Loyola, contra el enemigo exterior que es el mundo, contra el enemigo interior que somos nosotros mismos y para cada uno el propio yo, y contra el enemigo a la vez interno y externo –porque brinda una ayuda poderosa a los dos precedentes– que es el diablo, el adversario de Dios y del hombre desde el inicio de la historia, el príncipe de este mundo, que será derrotado sólo con el fin y el juicio de la historia.

Si bien la expresión puede parecer tosca y paradójica, se puede y se debe decir que “la aceptación de la realidad del pecado” es la puerta de ingreso al Reino de Dios, es decir, al proyecto misericordioso de Dios para la salvación. Hay misericordia para ofrecer donde hay miseria para socorrer y curar, y la primera miseria, que devela el dolor de cualquier otra miseria, es el pecado. En este contexto de dolor y de turbación, que es la condición primaria para advertir la necesidad de la salvación, la aceptación de la realidad del pecado se torna el descubrimiento del dolor y del amor: “En el amor... gozo... en el dolor” –escribía Gema Galgani (Carta 103), despedazada por el mal que la llevará a la muerte. Y es el alma inocente de Gema Galgani –como los grandes místicos que ven en el mundo de la santidad de Dios el abismo de mal de la criatura pecadora– quien describe en las Cartas al P. Germano y en los Éxtasis la confusión por sus pecados: tiene “el corazón colmado de pecados” (Carta 7), “los pecados son muchos cada minuto” (Carta 8), tiene “el corazón todo lleno de pecados” y ha “agregado pecado tras pecado” (Cartas 15 y 16), hasta llamarse “ceniza de pecado: dígalos a todos” (Carta 112). Y en los Éxtasis se profesa “gran pecadora” y “cargada de pecados” (pp. 8, 18, 22): “todos los días de mi vida siempre he pecado” (p. 78), “toda llena de pecados” (p. 31), ha hecho “...tantos pecados como el palpitar del corazón” (p. 49), y se desanima al ver el “cuadro horrible” de su alma (p. 238). Y leemos al mismo tiempo la confesión sorprendente: “Es prácticamente una gran fortuna para mí haber nacido pecadora” (p. 103). Y a ella como a Santa

## DIÁLOGO

Teresa de Ávila, Dios le muestra el lugar que “habría ocupado en el infierno” (Carta 57) y reconoce que “el lugar de los Santos no es para mí” (Carta 21 bis).

En el diario del lunes 20 de agosto (1900) este sentimiento parece forzar todo límite: “Esta tarde, como suele sucederme muchas veces, me han venido a la mente todos mis grandes pecados, pero con tanta enormidad, que he debido hacerme fuerza para no llorar fuerte: sentía por todo esto un dolor tan vivo, como nunca lo había experimentado. El número de ellos sobrepasaba mi edad y mi capacidad: pero, y esto me consuela, he probado por ellos un grandísimo dolor, que quisiera que este dolor nunca se borre de mi mente y nunca disminuya. ¡Dios mío, hasta dónde ha llegado mi malicia!” (p. 203).

¿Qué significa esta pesadumbre de los santos sobre los pecados que, por lo que a nosotros parece, ni siquiera han cometido, mientras que nosotros permanecemos casi impasibles después de haberlos cometido? Aquí está, en esta advertencia del mal congénito a nuestra naturaleza, del pecado que está siempre al acecho en el umbral de la conciencia, aquello en lo que consiste el sentido cristiano de la infinita miseria potencial y real de nuestra condición. Aquí queda derrotada toda psicología que pretenda explicar la libertad como perfecta antinomia del obrar en la transparencia de los motivos que están en posesión de la razón: una dolorosa y dañina ilusión. La verdadera libertad está en otro lado.

La libertad cristiana es aquella que se trasciende en Dios al implorar su ayuda y su gracia: es el “fruto”, propiamente, de la conversión del corazón. “Libertad” es en su concepto primario la capacidad que tiene el hombre de disponer de sí y de darse aquella fisonomía moral que él proyecta con el plan de la propia vida, que es la elección de la vocación. En efecto, para el cristiano libertad y verdad van juntas y se pertenecen como lo cóncavo y lo convexo, y se espejan una a la otra. Por esto Cristo ha proclamado que *la verdad os hará libres* y que *seremos verdaderamente libres solamente si el Hijo nos habrá liberado* (Jn 8,32.36). Y por esto el Apóstol llama a la vocación del cristiano una invitación de libertad: *Vosotros, hermanos, habéis sido llamados a la libertad* (Gal 5,13), una invitación de honor y de consuelo, pero también de responsabilidad en las inseguridades de oscuros y secretos mensajes que esperan a todo cristiano en la prueba. Y es en este

## EVANGELIZACIÓN: PECADO Y CONVERSIÓN

punto donde las almas profundas, como son los santos, “ven” la infinita esperanza con el temor de la propia fragilidad: la “ven”, es decir, la sienten en lo íntimo de sí por una especial iluminación de Dios, por un toque interior de la gracia divina que hace estremecer al alma frente a la santidad de Dios y la colma de espanto y de dolor ante la bondad misericordiosa de Dios. En la Biblia Dios se presenta al hombre como Padre amoroso, que se inclina sobre su criatura para pedirle fidelidad y amor en espiritual e íntima unión sponsalicia. Y Jesús, el Verbo hecho carne e inmolado en la Cruz por el hombre, se ha abierto las venas<sup>1</sup> –como dice Santa Catalina– para lavar con su Sangre el pecado cometido por nuestra libertad, la cual, al pecar, se pierde a sí misma y se vuelve esclava de la criatura.

Hay que estar atentos a no abusar de los términos: la libertad no es precisamente un misterio, ella es la realidad más obvia y resplandeciente puesto que la libertad se da en la presencia esencial que tiene el yo a sí mismo. Este es el punto de partida y permanece de todos modos el punto de partida, una posibilidad siempre abierta de rescate y de salvación. Pero la libertad se debe actuar y conservar en la tensión infinita de la independencia originaria, y esto es posible –esto nos lo enseña la realidad del mal y del pecado dentro y fuera de nosotros– *solamente* en unión con Dios, con el “*complementum spiritus*” que nos da Dios, con la efusión misteriosa y dulce de su gracia.

El pecado es un misterio, *mysterium iniquitatis*; también la gracia es un misterio, *mysterium amoris*; pero no es un misterio nuestra voluntad que peca, nos lo atestiguan los santos: “Aquello que me afligía, escribe una vez más sobre sí misma la *pobre Gema* en la Autobiografía, era el no poder amar a Jesús como hubiese querido; me preocupaba por no ofenderlo, pero mi mala inclinación al mal era tan fuerte que sin una gracia especial de Dios habría caído en el infierno” (p. 256).

He aquí porqué el “sentido del pecado” consolida en el cristiano los contrafortes de la luz, brinda luminosidad y conforto en el arduo camino de la existencia entre las insidias groseras y sutiles de las dudas y de las pasiones.

*Traducción: R. P. Lic. Ricardo Clarey.*

---

<sup>1</sup> *svenato* en el texto original [N. del T.]